



Fermín A. Rodríguez
Señales de vida: literatura y neoliberalismo
Villa María
Eduvim
2020
440 páginas

PALABRAS CLAVE: FICCIÓN – VIDA – BIOPOLÍTICA – NEOLIBERALISMO
KEYWORDS: FICTION – LIFE – BIOPOLITICS – NEOLIBERALISM

Ficciones de vida en el régimen neoliberal, una cartografía

Rodrigo Montenegro¹

Como defecto o consecuencia de mis obsesiones no puedo dejar de preguntarme por el problema de las formas, es decir, por las potencias que se materializan y toman cuerpo en un libro. En tanto un libro puede ser muchas cosas, a riesgo de una excesiva simplificación, reduciría este dilema a dos figuras: o bien es una representación triste de un estado de cosas con sus protocolos y ordenamientos, el ejercicio burocrático que nuestras instituciones nos invitan a realizar; o bien es una máquina en conexión con el afuera, una pasión alegre hecha de lenguaje y pensamiento. Tiendo a pensar que la crítica literaria —ese ejercicio anacrónico enfrentado a la celeridad de un presente algorítmicamente administrado— al tomar el riesgo de la segunda figuración crea las posibilidades para disponer nuevos sentidos sobre esa trama de voces que componen un estado de lo literario. Esta nueva disposición, este nuevo *partage du sensible*, revela a la crítica como un acto de creación que, en su capacidad de auscultar una lengua nunca comprometida con representaciones clausuradas, hace manifiesta una red de afectos, de fugas y

¹ Jefe de Trabajos Prácticos en el Área de Teoría Literaria, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Mar del Plata. Investigador del CELEHIS, INHUS-CONICET. rdmontenegro@gmail.com

resistencias que cierta literatura opone al, en apariencia, inevitable realismo del capital, esa otra trama que opera coactivamente sobre los imaginarios.

Al respecto, *Señales de vida: literatura y neoliberalismo* de Fermín Rodríguez compone una intervención crítica en sentido pleno; es decir, la construcción de una cartografía incisiva sobre algunos de los textos centrales de la literatura argentina y latinoamericana de las últimas décadas, en vistas explorar desde una metodología que ensambla perspectivas biopolíticas, afectivas y postmarxistas hipótesis en torno a las formas de vida que la literatura contrapone al consenso neoliberal. Seré más claro: *Señales de vida* podría haber elegido la fisonomía del rictus académico o el lugar común de la distancia meditada, en su lugar, toma la forma de un ensayo para recorrer, tal como su título anuncia, un itinerario que lee la yuxtaposición de signos y cuerpos, de escrituras y afectos, explorando los procedimientos que la literatura imagina como recursos inmanentes de su resistencia a la asimilación por parte de los dispositivos de captura. Esta lectura observa el otro lado de las vidas precarias y sus estrategias para sobrellevar el terror económico de una liberalización exacerbada hasta el conservadurismo neofascista. Así, frente a las técnicas de baja intensidad diseñadas por la biopolítica, Rodríguez insiste en leer aquellos signos literarios que preanunciaron nuestro presente y que incluso construyeron un saber allí donde las ciencias sociales y económicas se agotaban en la mera contemplación de una crisis sin fin. Por eso, quizás, cada uno de los cinco capítulos que compone *Señales de vida* se inicia con el acápite característico de las viejas narraciones, describiendo consideraciones, temas, hipótesis y aventuras conceptuales que Rodríguez decide recorrer en su relato crítico; así, frente a la cuantificación, el archivismo y la ilusoria científicidad, la crítica demuestra su destino como relato y escritura.

Porque, en efecto, este libro construye una mirada retrospectiva sobre la genealogía de una estructuración económica que desplegó, simultáneamente, una política y un entramado simbólico a partir de las dictaduras latinoamericanas de la década del setenta y que, por lo tanto, se ha enlazado en múltiples dispositivos de poder. Sin embargo, esta consideración genealógica se realiza en la lectura de los experimentos que la literatura ha inscripto en sus fabulaciones, a través de narraciones que desbordan los códigos y tipificaciones que procuran capturar y administrar la vida. De hecho, una de las tesis subterráneas del trabajo de Rodríguez es la que permite hacer visible y pensable la significación literaria de los cuerpos y sus saberes, no entendidos en su clausura y medida biológica, en su pasiva utilidad al capital, sino como una posición performativa del pensamiento literario que actúa por fuera de la *οικονομία* neoliberal y su falsa apariencia de modernización limitada. Podría conjeturar que este libro se opone punto por punto a una visión de la vida —en su compleja delimitación que la tensiona entre *bios* y

zoé— como materia pasiva, y, por lo tanto, susceptible a ser expoliada y alienada. Frente a esa racionalización, Rodríguez lee en la literatura los signos rutilantes que exceden los automatismos del capital. Estas “señales de vida” no son meros signos de supervivencia, restos de una guerra en la que se impone el flexible pragmatismo de una mercantilización transnacional y sus sutiles dispositivos de control, sino una cartografía que lee en la literatura la potencia de los cuerpos, las capacidades no-calculables de una vida virtual e impersonal entretejida en las ficciones. Por esto, el ensayo crítico de Rodríguez no solo se aventura a la historización del entramado neoliberal en Latinoamérica, sino que explora a través de la escritura literaria “una serie de transformaciones de los regímenes de poder y sentido que, desde fines del siglo XX, vienen alterando de manera imperceptible los modos de producción de realidad y de subjetividad” (13).

El capítulo uno, “Ser vivo. Neoliberalismo y subjetivación” plantea el problema fundacional del neoliberalismo en el campo de batalla del Atlántico sur; advierte que el fin de la dictadura argentina como consecuencia de la derrota militar en Malvinas no impidió la cristalización de una lógica económica que, tal como advirtiera Rodolfo Walsh en 1977, legitima la “miseria planificada”. Los textos para cartografiar este pasaje, es decir la mutación del autoritarismo militarista al consenso democrático —que, sin embargo, no modifica el proyecto de una ilusoria modernización económica a partir de la liberalización del capital y, como consecuencia, la fractura de las formas tradicionales del trabajo— son los de otro Rodolfo, uno ajeno a la militancia revolucionaria, pero sensible a la misma transformación. Las lecturas críticas en torno a *Los pichiciegos*, *Vivir afuera* y *La introducción* de Fogwill abren la cartografía crítica, en tanto permiten condensar los signos recurrentes que anticipan y luego exhiben esa transformación en múltiples formas de ejercicio del poder; esto es, del campo de batalla y la violencia explícita a las formas biopolíticas que operan en la baja intensidad. Es interesante notar que, a cada paso, Rodríguez lee en las escenas narrativas conceptualizaciones que demuestran formas de la experiencia corporal y comunitaria que rehúyen “los grandes acontecimientos de la historia, de las hazañas y de los saberes especializados” (60), pero que sin embargo actúan anticipando, ya en los primeros años de la década del ochenta un sistema de poder y subjetivación que luego se impone en el fin de siglo. Así, la vida anónima, singular e inclasificable de los personajes fogwillianos ofrece un fresco para leer las asimetrías económicas y las experiencias sensibles que hacen al *socius* argentino.

En el capítulo dos, “Escombros y desperdicios. Las formas de la destrucción”, Rodríguez aborda las novelas *El aire* de Sergio Chejfec y *El desperdicio* de Matilde Sánchez para indagar, “sobre un fondo de ruina social y naturalización de la crisis” (105), ficciones que producen un extrañamiento del

ruinoso paisaje de la degradación. El mapa crítico adquiere, entonces, una superficie dual, rural y urbana. Por un lado, se explora la temporalidad anodina del desempleo y el empobrecimiento de las ciudades a través de los experimentos lingüísticos de Chejfec; al tiempo que se explora el giro rústico de la narración en Sánchez, quien escribe sobre un territorio que ya no puede leerse como el campo de la tradición, el desierto para la nación que Rodríguez supo explorar en su ensayo de 2010. La vida rural precarizada de *El desperdicio* no es otra cosa que la faz complementaria del escombros urbano.

En “Villa Villa. Hacer con la crisis” el ensayo regresa a las ficciones urbanas para indagar dos textos centrales en la composición de un imaginario y, más específicamente, de un territorio que emerge como consecuencia —y como contracara— de la precarización generalizada de la vida. En la lectura de *La villa* de Cesar Aira y *La virgen cabeza* de Gabriela Cabezón Cámara se rastrean los ritmos y potencias de una crisis que se expresa tanto en los cuerpos del afuera textual, como en la inmanencia literaria. Así, tal como señala Rodríguez, la imaginación de la crisis se incorpora en los textos de Aira como procedimiento, es decir, creando formas de la improvisación, el azar o de una velocidad que tiende a estropear, deshacer y desterritorializar el discurrir de la fábula y la previsibilidad del verosímil. Por su parte, la primera novela de Cabezón Cámara es indagada en su barroco villero para sintonizar con la poética de Néstor Perlongher, al tiempo que se compone una nueva imagen de la villa, ahora ligada a una experiencia comunitaria que es, en sí misma, una vivencia popular de lo sagrado.

En el capítulo cuatro Rodríguez se abre explícitamente a la indagación teórica y crítica sobre las nuevas formas de la precarización bajo condiciones laborales que ya no se contentan con la alienación del trabajador y la extracción de la plusvalía, sino que, abandonando el tradicional modelo fordista, conduce al cuerpo —incluso fuera del tiempo del laboral— hacia una existencia precaria. Bajo los nuevos dispositivos de control vinculados al terror económico y la servilización del empleo parecen diluirse los lazos identitarios y solidarios del mundo del trabajo; así, en el imperio neoliberal la lucha por el salario pareciera diluirse en actos de supervivencia. Sin embargo, “El aguante. El trabajo después del trabajo” indaga en *Mano de obra* Diamela Eltit, *El amparo* de Gustavo Ferreyra y *Alta rotación* de Laura Meradi para encontrar vidas que resisten, es decir, que aguantan las formas afectivas del poder; incluso hasta exasperar la prosa literaria, tal como aparece en *Las aventuras del Sr. Maíz* de Washington Cucurto y *La prueba* de Cesar Aira. Nos casual, por lo tanto, que el relato crítico de Rodríguez acople la continuidad entre estos textos; es decir, entre las cajas de la ficción de Eltit, los repositorios de Cucurto, y Mao y Lenin, las punks aireanas que destruyen un

supermercado en un acto que es, simultáneamente, de amor hacia una mujer y de violencia contra las bocas de expendio de las mercancías y baratijas del capital.

El último capítulo del recorrido, titulado “Los escritores-lobo. Violencia de género, género y discursos del odio”, toma como tarea la incómoda exploración de una serie de novelas capitales para la literatura latinoamericana de los últimos años que, sin embargo, diseccionan la violencia, sus modulaciones patriarcales e irradiaciones en la turbulenta realidad continental. Así, junto a la imposición de una vida precaria a través de los empleos basura, Rodríguez decide examinar una urticante capa de sentido; aquella que se genera cuando la lengua literaria desarrolla y hace extraña la mirada del asesino, del miedo y la xenofobia en la triada que se compone por *Boca de lobo* de Sergio Chejfec, *2666* de Roberto Bolaño y *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo. El ensayo sugiere que el capital en la era neoliberal puede (y debe) ser leído no solo como proceso de acumulación de riquezas por una minoría que sume en la pauperización a extensas capas de población, sino como un poder que reclama la reproducción de la vida definida como engranaje biológico previsto por su propio automatismo. Como consecuencia, entonces, toma como objeto al cuerpo de las mujeres: el capital, tal como lo muestran las ficciones de Chejfec o Bolaño actúa como una “máquina femicida” (321). Los experimentos literarios que se juegan en la poética narrativa de *Boca de lobo* y *2666* dan muestra de este funcionamiento biopolítico y tanático, del mismo modo que la lengua de Vallejo pulsa las fibras bajas de un odio racial diseminado que, sin embargo, encuentra su contrapeso en la vitalidad de la lengua popular, materia de las ficciones de Santiago Vega.

En el aura del pensamiento biopolítico, *Señales de vida* compone una serie crítica de largo aliento que permite hacer visible y pensable no solo la mutación del capital territorializado en Latinoamérica durante los últimos cuarenta años, sino que recorre los pliegues que hacen de la lengua literaria un trabajo con la sensibilidad lo suficientemente potente para anticiparse, y en ocasiones corroer, a los nuevos regímenes de control, también para crear e imaginar formas de vida y escrituras anómalas, conectadas con el afuera del libro, excediendo el universo letrado en un mapeo de afectos, sensibilidades y potencias no cuantificables en los cálculos de la seguridad, el estado, la normalización del deseo y el consumo. Por esto, las lecturas críticas de Fermín Rodríguez constituyen una exhortación teórica y política para la construcción de un pensamiento territorializado, en conexión con la materialidad de las luchas, de las voces y de los cuerpos, examinando las condiciones para vivir juntos en el siglo XXI; y al mismo tiempo, recordando que existe una política de la crítica como actualización de las potencias virtuales de la teoría: de Shklovski a Bajtín para leer formas del extrañamiento y la palabra encarnada; de Foucault y Agamben a Deleuze y Negri para componer una analítica

de la biopolítica que incluya sus excesos y sus fugas; de Marx y Lazzarato a Rancière para componer una crítica al capital y nuevos sentidos a la palabra literaria; de Scavino a Ludmer para pensar el arco que va desde las vidas precarias en el fin de siglo XX a la imaginación territorial de las ficciones contemporáneas.

Así, contra la biopolítica y sus impulsos tanáticos, las ficciones de vida cartografiadas por Rodríguez proponen una experiencia sensible a los agenciamientos maquínicos, que por definición son múltiples y heterogéneos, vibrantes en la materia de los cuerpos y las voces, como la de los pichis, los colimbas, las prostitutas, marginales y yuppies de Fogwill; los desempleados, proletarias y escritores-vampiro de Chejfec; las profesoras de teoría literaria y los liebreros de Sánchez; los cartoneros, deliverys y muchachas punks de Aira; los jóvenes sicarios de Vallejo; las mujeres asesinadas de Bolaño; las cajeras de supermercado de Diamela Eltit; la comunidad villera de Cabezón Cámara; los reposidores y cantantes de cumbia de Cucurto; los trabajadores del servicio domésticos de Ferreyra; todos ellos componen la trama literaria de una vida que se escapa, resiste, enrarece y desnaturaliza el frío cálculo biopolítico del capital neoliberal; son, a todas luces, personajes conceptuales que permiten pensar desde la literatura estrategias y procedimientos contra la uniformización del imaginario. Porque, en efecto, cierta literatura ha pensado y ha creado una lengua para nombrar el régimen sensible que corre en paralelo a las estrategias del *marketing*, una lengua *underground* que ha ensamblado las visiones de una batalla subterránea.